

Primera Parte
Enfermedad

Capítulo I

Un comienzo

Por la mañana, entrando a la oficina.

—Buen día.

—Hola.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Bien, aunque me duele un poco la cabeza.

—¿Cómo? ¿Otra vez?! Para mí que vos le tenés alergia al trabajo.

—O será al revés —intervino Vásquez—. Yo veo que José se esmera con el trabajo. Me da la impresión de que se dedica porque es responsable.

—¡Eso, eso! Ahí está la respuesta José. Yo, Augusto Pettinatti te puedo asegurar que tus jaquecas provienen de alguna de esas dos razones: o por alergia al trabajo o por ser responsable. Si es lo primero, no te preocupes, señal de que sos normal. Pero si es lo segundo... tenés que consultar con un psiquiatra URGENTE. ¡Ser responsable! ¿A quién le importa? ¿Qué se gana con eso? ¡Sólo enfermarse y perder el presentismo!

—Pettinatti tiene razón José —aseveró Fernández mientras se sacaba el saco y aflojaba el nudo de la corbata—. Vos tenés que apiolarte un poco; no darle tanta importancia a las cosas y menos con el miserable sueldo que nos paga el Banco.

—¡Eso, eso José! —volvió a intervenir Pettinatti—, no tenés que tomar en serio las cosas porque todo esto es una porquería. Mirá, ya me podés pagar la consulta porque sin ser médico te pesqué el origen de tu problema, y te voy a indicar el remedio para tus jaquecas.

Mientras tenía lugar esta conversación, mis compañeros llegaban a la oficina, se acercaban y participaban con risas y bromas. En el medio, yo no tenía ni voz ni voto; sólo escuchaba, esforzaba sonrisas comprometidas mientras en mi interior me enojaba conmigo mismo y me decía: ¡Caramba! ¿Por qué me tiene que doler de nuevo la cabeza? Con todo lo que tengo para hacer y estos papanatas dándome consejos y mirándome... ¡mirándome!

—Dale Pettinatti, todos estamos atentos a tu indicación “médica” para

las jaquecas de José.

—Bien, bien, pero presten atención porque estas cosas son importantes y es muy posible que muchos de ustedes necesiten el mismo remedio que le voy a indicar a José.

Sentando en mi escritorio, me vi rodeado por varios compañeros y jefes. Augusto Pettinatti actuando solemnemente como un gran catedrático, y señalándome con la lapicera, dijo:

—Tenemos señores aquí un caso típico del malestar de muchos bancarios que se manifiesta con indigestiones y jaquecas pero que responde a diversos orígenes. Puede ser alergia al laburo... perdón... léase trabajo, o la tontería de ser “responsable”, o la finura del stress por exceso de preocupaciones, etc., etc. Muchas y muy distintas pueden ser las causas pero el remedio es uno solo señores. En honor a la verdad debo hacerles saber que para apreciar los excelentes méritos de este remedio por mí descubierto, he debido someterme a largas horas de estudio, ensayos y prácticas, exponiendo mi propio cuerpo a los experimentos más intensos y profundos. Muchas noches he debido pasar trabajando y trabajando, y por todo esto, querido José, dado lo avanzado de tu sufrimiento, te daré la receta de este maravilloso descubrimiento —.

Augusto Pettinatti, con gesto severo, escribió en un papel a modo de receta y me lo entregó en medio de gran expectativa. Luego levantó los brazos y exclamó: —¡Mujeres! Y adiós a las jaquecas, a preocupaciones, responsabilidades... ¡Mujeres, mujeres mujeres!—.

El festejo a su bufonada fue general. El grupo comenzó a dispersarse, cada uno para su escritorio, comentando:

—¡Qué loco este Pettinatti!

—Sí, pero tiene razón.

—¡Claro que sí! ¿Quién lo duda?

—Lo que pasa es que los jóvenes de hoy, como José, no saben lo que quieren.

—En mis épocas era distinto, había razones para vivir.

—Es cierto, ahora con estos gobiernos...

Pettinatti, los jóvenes, el Banco, los gobiernos... y yo me quedé sólo, con mi jaqueca, y un sabor amargo en la boca.

Esto que acabo de relatar marcó un comienzo. El inicio de una especie de película que se deslizaba ante mis ojos sin que yo tuviera parte activa en ella; donde las situaciones y los hechos pasaban por sobre mí sin pedirme permiso, en donde mi voluntad, pensamientos y deseos parecían no tener ninguna influencia en el desarrollo de los acontecimientos. Yo era el protagonista de mi propia vida, pero no podía gobernarla. Un problema de salud se había adueñado de mí y, a partir de allí, la dependencia.

Facultad, trabajo, horas extras, paseos, baile, noviazgo, amigos, vacaciones, todo DEPENDÍA de los caprichos de mi salud.

—Pasado mañana es sábado, podríamos ir al cine, dan una película hermosa.

—Bueno, pero depende de cómo me sienta.

—¿Por qué? ¿Te sentís mal?

—No, ahora no, pero de aquí al sábado no sé.

—¡Pero José! ¡Siempre el mismo pesimista!

Dependí de los médicos;
dependí de los medicamentos;
dependí de las opiniones de muchos;
dependí del resultado de análisis de laboratorio, a veces mal hechos;
dependí de enfermeras;
dependí de técnicos en hemodiálisis;
dependí de los pirógenos, de la fístula, de los calambres, de los escalofríos,
de la dieta, del potasio, de la urea...

Dependí, dependí, dependí de mil factores que como un gran tirano se apoderaron de mí y hacían conmigo lo que querían, sin pedirme permiso.

Capítulo II

La sala de Guardia

Por la amistad que me une con José —aunque a veces solemos distanciarnos un poco— me dejó a mi cargo algunos pasajes de esta narración. ¿Qué quien soy? Ante la necesidad de definirme de alguna manera, le diré que soy una “persona” muy allegada a José, que he seguido de cerca como él mismo su problema de salud. Por el momento me identificaré como “CA”, sin dar mi nombre completo, usted comprenderá el porqué más adelante; y además, al mismo José le tomó mucho tiempo saber quién era yo.

Retomando el relato, verá usted cómo José, que estaba entrando en una etapa particularmente difícil de su vida por el problema de salud que se le estaba anunciando, contaba para esa circunstancia con una inmejorable situación, ya que tenía una Obra Social con buena cobertura médica y con consultorios en el mismo Banco donde trabajaba. Esto era, sin dudas, una innegable ayuda, ya que sin necesidad de viajar expresamente, con sólo ausentarse unos minutos de la oficina o utilizando el horario del almuerzo podía trasladarse hasta allí y hacer las consultas médicas del caso.

Si esto hubiera sido tan así la “medicina preventiva” habría sido una realidad para José y este libro encontraría ya mismo su punto final.

Lamentablemente, intervinieron algunos factores que dejaron sin efecto o anularon todo el beneficio que debería haber aportado la temprana atención médica en esos consultorios; consultorios que José tenía tan cerca y que, sin embargo, le resultaron durante mucho tiempo totalmente inútiles.

En los primeros tiempos, José atribuía sus malestares a alguna indigestión o “pataleta al hígado” como acostumbraba decir. Tenía mareos, vómitos, y algunos calambres en las manos cuando escribía a máquina. Así fue cómo empezó su frecuente peregrinaje a la Guardia de

los consultorios.

Amigo lector, echemos un vistazo sobre un caso típico de consulta en la Guardia, sin recargar las tintas y siendo lo más objetivo posible.

Aprovechando los 45 minutos del almuerzo, José sube hasta los consultorios. Tiene un sudor frío, un gusto amargo en la boca, se marea por momentos. Ya había vomitado todo lo que tenía en su estómago, ahora sólo vomitaba un agua con espuma. Pide número para la Guardia, constata que hay ocho personas antes que él y que debe aguardar parado pues los pocos asientos disponibles están ocupados.

El hall de espera es reducido. Dan al mismo tres puertas: dos son consultorios y la restante del ascensor. Quien haya visitado salas de Guardia coincidirá con nosotros (José y yo) en que el clima es casi siempre tenso. Cada uno tiene su problema y está algo nervioso. Además, la atención en las Guardias responde generalmente a un “ritmo” que consta de dos momentos, uno en que se atiende vertiginosamente a los pacientes y otro en que todo se “duerme”, las puertas permanecen cerradas, los médicos y las enfermeras desaparecen, los pacientes se acumulan en la sala de espera... Es el momento de “quietez” en el que todo seguirá inerte hasta que comience nuevamente el primer momento de este “ritmo” —torturante para el que aguarda estando enfermo— con una puerta que se abre y una enfermera que empieza a llamar por número con una agilidad sorprendente:

—Número 54, 55, 56, 57, 58, 59.

—Sí, yo señorita.

—No, un momento, yo tengo el 55.

—Esperen por favor que yo tengo el 54.

—Bueno, adelante señora, dónde se había metido, la estaba llamando.

—Pero si estaba aquí, no me dio tiempo ni a levantarme del asiento.

—Bueno, bueno, sin rezongar, adelante prontito, que hay mucha gente esperando.

Sí, ése era el primer momento del “ritmo” de atención. Pero es el caso que José llegó cuando estaba vigente el momento de la “quietez”, y después de haber vivido muchos momentos similares, pudo descubrir que también los pacientes que aguardan tienen un ritmo de espera dividido en dos momentos. Veamos.

Una señora abre su cartera y busca algo. Cualquier cosa para hacer

tiempo mientras espera; busca nerviosamente y encuentra un caramelo, allí termina el primer momento. Comerá su caramelo y luego de unos instantes retornará a buscar en su cartera, será un pañuelo ahora, más tarde un espejo o su libreta de anotaciones, etc.

Un joven lee un libro aparentemente sin concentrarse demasiado, lee un par de líneas (primer momento) y levanta la mirada para hacer con ella un vuelo rasante por todas las caras del hall (segundo momento), luego vuelve a su lectura y así sucesivamente llevará su mirada del libro al hall, y viceversa. —¡Pobre! No está nada tranquilo.

Respondiendo al mismo “ritmo” otro paciente cruza su pierna izquierda sobre la derecha, hace lo mismo con los brazos, una respiración honda y permanecerá por unos instantes así, mirando alternativamente a uno y a otro desde los gruesos vidrios de sus anteojos, hasta que decide cambiar de momento, entonces con nuevas respiraciones hondas inicia todo un reacondicionamiento de su persona, descruza su pierna izquierda, tira un poco de su saco, cruza ahora la pierna derecha sobre la izquierda, hace lo propio con los brazos y ya comenzó el segundo momento.

En esta típica sala de espera no falta la señora cuyos momentos de espera consisten en preguntar: —¿Qué hora es señor?... Ah, gracias, —¿Cómo tardan en atender, no? Luego queda sumida en sus pensamientos hasta que después de unos instantes vuelve a hacer la misma pregunta —¿Qué hora es señor?... Ah, gracias.

Este ritmo de espera origina una especie de hipnotismo. Uno suele caer en un estado de somnolencia. La sala de espera se transforma en una gran olla donde cada uno incorpora algo de sí. Unos ponen ansiedades y enojos, otros temores y tristezas. Todo se combina en la olla, se cocina con el caldo de la impaciencia y de allí comen todos, como en un rito macabro. Al alimentarse con semejante comida aumentan sus malestares y producen nuevos condimentos que siguen arrojando hacia la olla —la sala de espera—, envenenando cada vez más el alimento común.

El aire se enrarece con tanta pesadumbre en pensamientos y sentimientos, a más del malestar físico que a cada uno lo llevó hasta allí. La expectación crece.

—Perdón señor, ¿están llamando?

—No, yo hace rato que estoy señora y todavía no han llamado a nadie.

—Sabe qué pasa, deben estar comiendo.
—¿Comiendo? ¡Estarán charlando!
—¡No! Debe ser cambio de turno, todavía no entraron los de la tarde y ya se fueron los de la mañana...

Capítulo III

¡No te podés quejar!

Quizá el relato de la sala de Guardia ya le resultó a usted suficientemente extenso y está anhelante de avanzar sobre otros temas de esta historia. A José no le resultó tan fácil. Cada etapa la tuvo que vivir íntegramente, sin resumen de ningún tipo. No pretendemos que usted, lector amigo, tenga que seguir paso a paso la extensa historia de José; de hecho estamos sintetizando enormemente, pero sintetizar no es igual a liquidar. Por eso si usted me permite, continuaré un poco más con la sala de espera de la Guardia, porque estamos convencidos que entre estos relatos, usted podrá entresacar cosas (ideas, pensamientos, temas de meditación, conclusiones, etc.) que lo beneficiarán.

Hemos visto que en esa sala de Guardia (como en casi todas) el ritmo de atención era binario; es decir, dividido en dos, un momento de atención rápida, y un momento de “quietez”. La manera de esperar de los pacientes también se dividía en dos, pero había allí un elemento perturbador en todo esto, se trataba del ascensor.

¿Recuerda que una de las puertas que daba al hall era del ascensor? Sí, el ascensor. Él era el responsable de que no todos los que estaban allí fueran pacientes de guardia. La gente iba llegando y fácil resultaba identificarlos, pues por su irradiación ya se percibía quién esperaba la guardia y quién el ascensor. Dos tipos tan distintos de público acumulados en un reducido espacio. Las miradas se entremezclaban, los ritmos de espera eran distintos y esa discordancia hacía aún más desarmónico el clima de ese hall que oficiaba de sala de espera para la Guardia y de pasillo de paso para el público del ascensor. Cuando el ascensor llegaba, el movimiento de personas se agudizaba junto con el fastidio general.

—Señor, ¿usted va a subir al ascensor?

—No, yo estoy para la Guardia.

—Por favor, ¿por qué no se corre entonces?

Allí nada contribuía a serenar los ánimos. ¿Exageración? ¡Ojalá lo fuera! Los pacientes ya estaban colmando su paciencia. De nada sirve en esos

casos tocar el timbre de la guardia porque siempre está desconectado, aun cuando hay un cartel que dice “toque timbre y espere”. Tampoco sirve golpear la puerta, nadie abrirá. Pero, ¿por qué? Simplemente porque el ritmo de atención se encuentra en el momento de la “quietez” y es impropio e impertinente pretender modificarlo.

¡Sorpresa! Aparece una enfermera, quien con toda decisión y rapidez se dirige a uno de los consultorios, con gesto duro, impávida y como si tuviera anteojeras, mirando sólo hacia la puerta a la que se dirige. Sabía que sería seriamente interpelada por los muchos pacientes allí amontonados. No se equivocó.

—Señorita, ¿están los médicos?

—Sí, señora, ya le va a tocar el turno.

—¡Pero si hace más de media hora que estamos esperando!

—Paciencia, ya los van a llamar. Permiso, permiso, ya los van a llamar.

—¡PUM!

¿Qué fue eso? Fue la puerta que la enfermera cerró tras de sí, escapando rápidamente al interrogatorio y sin dar ninguna satisfacción.

No cabe duda de que el momento de la “quietez” es una verdadera tortura para los pacientes, de los cuales muy pocos son los que reaccionan con fuerza.

Golpear la puerta insistentemente,
abrir la si no contestan
buscar a la enfermera,
dirigirse a la Dirección,
pedir el libro de quejas...

Algunos lo hacen pero son pocos, precisamente porque los que aguardan en la sala de espera están con problemas de salud. Si usted tiene una fuerte jaqueca, o está con náuseas, o con fiebre, lo más probable es que no tenga interés ni fuerzas como para complicar aún más su vida, librando una furibunda batalla quijotesca en contra de la burocracia, la irresponsabilidad y un largo etcétera de lacras del comportamiento humano. No es el momento adecuado para eso, pero toda la indignación que el momento produce, no se pierde con el sólo hecho de darle salida; por el contrario, se guarda, y en cualquier otro momento el volcán estalla y la lava de broncas acumuladas caerá sobre quien esté cerca.

¡Sorpresa! Por suerte acaba de concluir esta pesada espera. ¡Sí, sí, sí! ¡El momento de la “quietez” ha terminado! Tal como lo comenté anteriormente, una enfermera empezó a llamar por número. Veamos cómo sigue esto:

Los pacientes empiezan a ser atendidos. Entran y salen con bastante rapidez. José se alegra porque así le tocará muy pronto a él. Efectivamente, unos minutos más observando cómo todo había comenzado a movilizarse y le llega el turno a José. Entra en el consultorio; un médico con el ceño fruncido, aire grave, como absorbido por un arduo trabajo, sin levantar la mirada de la planilla que tenía en su escritorio, se dirige a José con decisión y rapidez... mucha rapidez.

—Lo escucho...

—Estoy muy descompuesto, doctor...

—¿Qué le pasa?

—Bueno... estuve vomitando... me duele la cabeza...

—¿Qué comió anoche?

—Guiso de arroz

—¡Claro! Los guisos son pesados y más de noche. Tómese este medicamento (antiespasmódico) que le receto, uno cada seis horas; si no mejora mañana vuelva a la Guardia, ¿de acuerdo? Tome su carnet, la receta y cuídese de las comidas. ¿Qué número tenía usted? ¿El 62? Ah, sí, el 62.

—¡63, que pase el 63!

No hace falta relatar con lujo de detalles el estado de ánimo con el que salió José. NO HABÍA SIDO ATENDIDO SINO DESPACHADO. Momentos después llegaría a la oficina, tendría que explicar su demora y pedir permiso para irse porque el médico olvidó justificarle el día. No tendría problemas en esas gestiones pero no dejaban de ser tediosas y desagradables. Explicar, pedir, sentirse mirado y seguramente incomprendido.

—Está bien José, no te hagas problema, andá a tu casa, descansá pero por favor no me falles mañana. Tenemos que hacer un trabajo sin falta, fijate que hay que hacer el balance de las planillas A y B y cotejarlas con C y D y, por último, la suma de las dos primeras menos las dos últimas nos tiene que dar el resultado de...

—¡Por Dios! —se dice José para sus adentros— Ahora me va explicar lo

que tenemos que hacer mañana. Está bien, bueno... mañana lo vemos.

—Sí, por favor. Ponete bien José que te necesito, porque sabés qué es lo que pasa...

—Bueno, sí, mañana la seguimos...

—Bueno, andá, andá... Sabés que no te veo bien, che (?)

A la salida del Banco, José tuvo la primera satisfacción en lo que iba de ese atravesado día. Se encontró con un viejo amigo. Ver la cara de un amigo en medio de tantas contrariedades es realmente reconfortante. La sorpresa, calurosos saludos, y José comentó muy brevemente que se iba a su casa porque no se sentía bien.

—En realidad no sé lo que me pasa, hace un tiempo que no ando bien.

—¡Ay José! Pero vos no te podés quejar... ¡tenés una obra social muy importante y con consultorios de Guardia en el mismo lugar donde trabajás! ¡Eso es una suerte y una ventaja invaluable! ¡No te podés quejar!

Capítulo IV

Diálogo entre José y “CA”

—Apenas comenzando el relato y ya se diferencian los buenos de los malos.

—Esto es un factor común en las novelas, José, pero en la vida real me parece que las cosas no se presentan así.

—No digo que esto sea una novela pero mis compañeros, con Pettinatti a la cabeza se burlan de mis dolores de cabeza; el médico me despacha con cualquier cosa; mi jefe tampoco me toma en serio; menos mal que lo mío son sólo pataletas al hígado pero me fastidia y hasta siento que se agrava todo el cuadro jaquecoso al estar frente a tanta frialdad, a tanta indiferencia. Me estoy enojando con todos “CA”, especialmente con los médicos.

—A ver, a ver, un poco de sangre fría y analicemos. Supongamos que un médico atiende un promedio de un paciente cada 15 minutos; en 7 horas de trabajo habrá atendido a 28 personas, lo cual implica, en la generalidad de los casos, 28 grupos familiares. Un individuo nunca vive solo; las enfermedades varían de acuerdo con las múltiples circunstancias que gravitan sobre el paciente. El medio ambiente, la familia, el trabajo, la alimentación, la vivienda, todo influye y es por eso que la medicina es una ciencia muy complicada, que cada día se diversifica en más y más especialidades y subespecialidades. Si te molesta que no te comprendan, no cometas el mismo error, tratá de comprender cuán difícil es la tarea diaria de un médico, máxime cuando ya no le es posible a un solo profesional abarcar toda la medicina. Ahora resulta imprescindible trabajar en equipo, es la única manera de hacer posible tanto la medicina preventiva como la atención médica seria y responsable de cualquier persona afectada por una enfermedad. Análisis de laboratorio, prácticas médicas complementarias, interconsultas con especialistas, todo eso es hoy en día necesario y genera una interdependencia muy grande entre los médicos, técnicos, enfermeras y hasta empleados administrativos y de limpieza. Un reactivo químico en malas condiciones puede arrojar malos resultados de laboratorio y

perjudicar todo el trabajo de un equipo. Una deficiente higiene en un quirófano puede malograr la intervención quirúrgica más simple. ¿Te das cuenta de cuántas cosas depende el buen accionar de un médico?

—¡Vamos “CA”! Del dicho al hecho hay un largo trecho. Cuando a mí un médico de guardia me sugirió que viera a un gastroenterólogo tuve que soportar más o menos los siguientes inconvenientes:

- 1) Conseguí, con suerte, un turno para dentro de dos meses.
- 2) Cuando llegó el día de la consulta, el gastroenterólogo me mandó a hacer unos estudios.
- 3) Hacer esos estudios me llevó más de un mes.
- 4) Finalmente, cuando fui a sacar nuevamente turno con el gastroenterólogo conseguí otra vez para dentro de dos meses.

También conocés “CA” cuántas veces llegó el momento del esperado turno y me encontré con que los resultados de los estudios no estaban en la Historia Clínica porque se habían traspapelado o cualquier otro motivo. Y cuántas veces el médico faltaba y perdía el turno... NO LOS DÍAS, NO SE TRATA DE DÍAS, SE TRATA DE MESES, QUE PASAN Y PASAN... y en todo ese ínterin no sólo que no solucionás tu problema, sino que además sos tan vapuleado y con tanta indiferencia por parte de todos que tus nervios se ponen en punto y eso es justo la muletilla que el médico necesita. A partir de allí, los nervios, tus nervios, son los responsables de todo y de cualquier cosa que te pasa. Si te quejás te dicen “no se ponga nervioso señor”. Si hacés mal la digestión en seguida sentencian lo mismo, te mandan al psicólogo y te hacen sentir culpable. Nada de lo que te acabo de reseñar importa, sólo importa que vos estás nervioso, ¡y vos sos el culpable de estar nervioso!

¡No! ¡No comprendés! Dejame seguir. ¿Alguna vez reparaste en que después de sufrir las horribles amansadoras de las esperas, sea de turnos o en la sala de Guardia, los médicos te despachan indicándote algún remedio con una velocidad asombrosa? En cualquier casa de familia cuando hay que colgar un simple cuadro se piensa primero dónde se lo va a colocar, luego suele decidirse entre dos personas si más arriba, si más abajo, si está derecho o no, si se lo aprecia bien; todo esto lleva su tiempo, tiempo muy superior al que le lleva a un médico decidir el remedio que va a recetar. En realidad, a veces pienso que no piensan, ya que la misma actitud de pensar lleva tiempo y ellos no se toman tiempo.

La clásica posición de *El Pensador* de Rodin puede encontrarse hasta en un ama de casa cuando tiene que decidir qué va a cocinar, pero jamás en un médico. Ellos te miran (a veces), te preguntan algo y ya están escribiendo la receta, con una decisión asombrosa, como si fuera el resultado de un profundo análisis. Te diré “CA”, eso no es fruto de la experiencia, sino de práctica teatral. Eso es teatro, asumen un papel y actúan contando con varias escenas alternativas: algunas veces te recetan con toda rapidez el medicamento, otras se muestran más inquisidores y buscan el fondo de la cuestión para lo cual te preguntan qué comiste la noche anterior, o hace dos días, o la semana anterior, no importa cuándo, porque esa comida será la causa del malestar; también suelen acometer en contra de las horas extras, o la facultad, cualquier cosa que pueda parecerles exceso de actividad. En otras oportunidades prefieren pedirte algún análisis suelto, obteniendo así una vez, un resultado sospechoso: “albúmina en orina”. Me repitieron el análisis, cosa que llevó su buen tiempo, y cuando el resultado fue normal, el diagnóstico también fue normal: “nervios, una descarga nerviosa puede ocasionar albuminaria”. ¿No es esto teatro? ¿no es indiferencia, ganas de no trabajar, de no complicarse...? Porque además, y esto es fundamental, todos esos pasos los hacen sin pensar, con una rapidez que grita a toda voz: ¡RUTINA! No hay lugar para el análisis esmerado. No me equivoco “CA”, lamentablemente no me equivoco. Los médicos recetan sin pensar, te preguntan sin pensar, resuelven sin pensar.

—Aunque no lo creas comprendo tus razonamientos pero el resentimiento no te va ayudar. Escuchame por favor, concéntrate un poco en lo que voy a decirte. Toda esa pésima atención que a vos te pone fuera de quicio, es producto de que estos médicos no pueden actuar organizadamente en equipo, como debieran. La infraestructura de que disponen y el *status quo* vigente no les permite ejercitar su profesión como corresponde, de modo que con profunda frustración se van, se escapan de allí sin irse.

—¿Se escapan sin irse?

—Irse sería renunciar al empleo, pero ellos necesitan el empleo, es su medio de vida, no pueden prescindir de él. Supongamos una empleada de servicio que es contratada por una familia que no dispone de máquina aspiradora, ni enceradora, y que compran los elementos de limpieza más

económicos y en cantidad reducida; esta señora no se sentirá cómoda al tener que trabajar con precariedad de medios, pero si necesita el empleo, seguramente aceptará esas condiciones desfavorables.

—Perfecto, entiendo el ejemplo. No se van, pero ¿se escapan?

—Recurren al escapismo, evadirse de una realidad que pareciera imposible de cambiar. Al no comprometerse con sus pacientes, al tomar distancia, creen que se protegen. De otra forma, se cargarían todos los días con por lo menos veintiocho paquetes de problemas sabiendo anticipadamente que no cuentan con los medios adecuados para su correcta atención. Vergüenza, temor, impotencia son las razones que impulsan a algunos médicos a despachar a sus pacientes sin mirarles la cara siquiera. Lo que persiguen es involucrarse lo menos posible entendiendo que es lo mejor para ellos, pero así, como en un plano inclinado, se irán irremediabilmente deslizándose hacia abajo. La práctica de una medicina sintomática, dando un remedio para cada síntoma, los va anulando profesionalmente. Se van anquilosando casi sin darse cuenta hasta que pierden la capacidad de reacción. A partir de allí se transforman en los defensores de ese estado de cosas, ya que si el *status quo* cambiara, ellos ya no servirían como profesionales, pues estarían cargados de hábitos incorrectos como los momentos de “quietez”, a más de haber perdido la costumbre de estudiar para mantenerse actualizados y de interesarse responsablemente por cada paciente. Algunos de estos médicos habrán llegado con el tiempo a ocupar puestos de jerarquía y desde allí, casi por instinto de supervivencia, entorpecerán la tarea de los profesionales jóvenes que tengan ganas de hacer las cosas bien.

—¡Caramba “CA”! Tu planteo hace que los que hoy son víctimas, mañana sean victimarios. De esta forma se confunden un poco las cosas, las responsabilidades y las irresponsabilidades se mezclan, no se puede establecer quiénes son los malos y quiénes los buenos, ya que los malos fueron impulsados a ser malos y los buenos serán malos mañana. Justificás así lo indeseable. El alcoholismo, el tabaquismo, la drogadicción, como tantas otras formas de evasión, encontrarían justificación si se admitiera que los que así se comportan lo hacen porque no tienen otra salida.

—¡No, no, no! No es así. Lo que intento es COMPRENDER no JUSTIFICAR.

Siempre hay otras salidas, salidas correctas, salidas constructivas.

Pero detengámonos un poco José. Creo que toda esta larga charla sería totalmente una pérdida de tiempo si no pudiéramos extraer una enseñanza útil para vos, para tu caso. Aunque hablamos expresamente de los médicos, todo lo dicho puede aplicarse a otras profesiones y hasta en la vida de relación y en la familiar.

El tema del escapismo ante situaciones que parecen ingobernables podemos encontrarlo en todas las actividades humanas. No es bueno dilapidar energías tratando de cambiar lo incambiable, pero tampoco es bueno cruzarse de brazos y no hacer nada. No remar contra la corriente ni dejarse llevar pasivamente por ella. Lo correcto, el verdadero equilibrio, lo expresó Thomas Merton así:

Señor concédeme:

SERENIDAD

para aceptar las cosas que no puedo cambiar

VALOR

para cambiar aquellas que puedo, y

SABIDURÍA

para reconocer la diferencia.

Las conversaciones con "CA" siempre me aportaron ideas sobre las cuales volvía con mis pensamientos en distintos momentos del día para analizar y meditar. A veces las cosas quedaban oscuras, pero en ocasiones podía sacar conclusiones que realmente me ayudaban.

A pesar de ello, en el momento de decidir qué es útil que les cuente de mi experiencia, encuentro que hay infinitos detalles que necesariamente tendré que dejar de lado en beneficio de una lectura más ágil.

Narraré los momentos sobresalientes destacando que cada uno de ellos reconoce uno o varios antecedentes que son los que le dieron origen. El análisis de los antecedentes puede llegar a ser vital para bien comprender cada hecho en sí, pero como es inviable un relato tan minucioso, lo invito a usted a remontar vuelo. En este rápido vuelo pasaremos por encima de

muchos acontecimientos que ya no saldrán a la luz en estas líneas pero que en su momento tuvieron su peso, su importancia, su gravitación en la conformación de hechos futuros. Estamos pasando por encima de ellos, algunos pequeños, otros grandes y todos muy importantes para mí. Son parte de mi vida y no puedo dejar de saludarlos con profundo afecto y reconocimiento, como si se tratara de antiguos y muy queridos amigos y compañero de aventuras. Chau.

Capítulo V

El “Gran Profesor” y el “Don Nadie”

Como todo pasa, la etapa de no saber qué pasaba, pasó. Un buen día se detectó casi por “casualidad” que yo tenía una insuficiencia renal. ¿Qué hacer? En mi Obra Social había un especialista en este tipo de enfermedades que era considerado todo un erudito en la materia, pero sucedía que ocupaba un alto rango y por tanto no atendía personalmente a pacientes. Como lo que yo tenía parecía ser delicado, había que llegar hasta este importante profesional fuera como fuese. Tarjeta... Recomendación... Obsequio personal... y todo se solucionó de manera inmejorable. Quedé bajo la atención de este “Gran Profesor”, dentro de la propia Obra Social, liberándome de abonar consultas particulares, lo cual habría sido costosísimo e imposible de solventar por mí.

La primera vez que lo vi se limitó a escribir una larga lista de análisis para que me hiciera a la brevedad.

—Doctor, yo le traje todos estos análisis que son recientes, ¿no quiere verlos?

—No. Yo quiero todo de nuevo pero eso sí no se lo haga aquí, mejor vaya a este Instituto (privado), allí trabajan mejor. Cuando tenga los resultados me viene a ver.

Así lo hice y cuando el “Gran Profesor” tuvo los resultados en sus manos diagnosticó inmediatamente: “Glomérulo nefritis”. Enseguida y con total decisión me prescribió un par de medicamentos y dieta especial.

Todo esto fue tan rápido que aún hoy continuo preguntándome cómo fue que pasaron tres años aproximadamente sin poder ubicar la enfermedad que efectivamente tenía, escuchando diagnósticos pueriles como “exceso de trabajo”, “nervios”, “hígado”, “mala digestión”, cuando con unos estudios de sangre y orina se podía establecer con toda claridad lo que realmente me sucedía.

El primer perjudicado era yo, pero la Obra Social también se había perjudicado porque si las cosas se hubieran hecho bien de entrada no habría sido necesario que durante tres largos años ocupara lugar

infinidad de veces en las Guardias y en los consultorios de médicos clínicos, gastroenterólogos, otorrinolaringólogos, oftalmólogos y hasta odontólogos, como tampoco tendría que haberse hecho cargo la Obra Social de parte del costo de tantos y tantos sedantes, analgésicos y antiespasmódicos recetados casi al azar.

En fin... tres años de incertidumbre, rodando como un nómada, perdido en los pasillos de los consultorios sin saber a dónde ir, si a la guardia, si al clínico o al psiquiatra. Deambulando por la vida sin poder establecer un rumbo, porque cuando la salud falla...

Independientemente de si tenía solución o no, de si me esperaban momentos difíciles o no, yo estaba inmensamente satisfecho porque ahora SABÍA lo que me pasaba, ya no estaba a oscuras, ya no había misterios, ya no había suposiciones. Ahora tenía un diagnóstico cierto, claro y preciso, y me encontraba en manos de un “Gran Profesor”. No sabía en aquel entonces toda el agua que todavía habría de correr debajo del puente.

Volvamos al tratamiento que me había indicado el “Gran Profesor”. En cuanto lo empecé no hubo mejoría sino que aumentaron todos mis malestares. Ubicar al “Gran Profesor” para hacerle las consultas del caso era más que difícil, cuando no estaba en una reunión importante se había ido de viaje, o asistía a un Congreso, o estaba grabando un programa de televisión. Realmente era difícil ubicarlo porque se trataba de una persona muy importante.

Mi madre comenzó a ocuparse de rastrear al “Gran Profesor” cada vez que había que hacerle alguna consulta. Yo me metía en la cama, ya no tenía fuerzas para ir a trabajar, ni para viajar, ni para hablar. A todos mis múltiples síntomas se habían agregado calambres en el cuello, picazón por todo el cuerpo y frecuentes hemorragias nasales. Recuerdo a mi madre cuando entraba a la habitación y con aire de triunfo me decía:

—¡Por fin José! Conseguí hablar con el Profesor; me indicó unos remedios para esos calambres. Ya mismo los voy a comprar para que los tomes lo antes posible.

La batería de remedios aumentó vertiginosamente en mi mesa de luz y mis malestares también. En poco tiempo mi estado llegó a ser deplorable y el “Gran Profesor” vino a verme a mi casa. Su visita fue breve y cómica. Sí, horriblemente cómica.

—¡No puede ser que tenga tantos calambres! ¡Vamos hombre! Me parece que estamos exagerando. ¿Dolor de cabeza? Será de tanto pensar, y la picazón puede ser de tanta cama, no tiene que quedarse tanto en la cama.

Luego se dirigió a mi madre y le dijo mientras se retiraba: “Señora, lo indicado es hemodiálisis”. Habían transcurrido sólo dos meses desde que me trataba el “Gran Profesor”.

Al pan pan y al vino vino. Así nomás, sin vueltas: mentirle al paciente y hablar corto con el pariente. No hace falta tomarse tiempo para nada porque según parece el Código de las Enfermedades Renales tiene en sus artículos perfectamente establecidos tres pasos a seguir: detectar la enfermedad, indicar un tratamiento a modo de paliativo y en cuanto las cosas se ponen difíciles, hemodiálisis hasta dónde Dios diga.

Poco después de retirarse el “Gran Profesor”, llegó a casa una prima con su marido. Se interiorizaron de todo lo que estaba pasando y entonces, con prudencia, nos sugirieron consultar con un médico particular que ellos tenían. No se trataba de ningún “Gran Profesor”, pero era responsable, le gustaba su profesión, y se esmeraba mucho con cada paciente. Era un médico a la antigua, de esos que daban a sus pacientes el número de su teléfono particular para que lo llamen ante una emergencia, a cualquier hora.

Mamá llamó al médico de mi prima y al día siguiente vino a verme. Por más que me esfuerzo, no recuerdo ese primer encuentro con el doctor Esteban, yo estaba en cama, medio ido, pero por referencias sé que conversó extensamente con mis padres. Como primera medida le sugirió a mi madre que limpiara la mesa de luz. “Estos son demasiados remedios señora, vamos a reducir todo nada más que a líquido; vendré todos los días a verlo y ante cualquier inconveniente me llaman por teléfono”.

Parecía una locura, la mejoría que un “Gran Profesor” no había conseguido con todo un arsenal de medicamentos la iba a conseguir un “Don Nadie” con sólo líquido, tesito liviano, caldito de verduras colado y sin sal...

Capítulo VI

El doctor Esteban

Una semana después, concurrí personalmente a ver al doctor Esteban (alias “Don Nadie”) en su propio consultorio y esto sí que lo recuerdo. Había salido del pozo.

—Estimado José, YO NO PUEDO CURARLO, porque su enfermedad es crónica y no tiene cura, al menos no la tiene en este preciso momento. Pero es el caso que la ciencia y la tecnología están avanzando a tal velocidad que lo imposible de hoy suele ser posible mañana. Cada día los médicos contamos con más y mejores recursos para tratar eficientemente a los renales crónicos.

Lo que creo poder hacer en su caso es lo siguiente:

Primero, mejorar su estado general, cosa que estimo podremos lograr hasta un nivel aceptable y dentro de lo que su enfermedad lo permita.

Segundo, intentar conservar ese nivel de “salud aceptable” y demorar su declinación en todo lo posible.

Tercero, si con el tiempo así ganado no surge algo nuevo, su entrada en plan de hemodiálisis será inevitable, pero ese tipo de tratamiento se habrá ya perfeccionado y entonces los esfuerzos realizados para postergar su ingreso encontrarán justificación.

Por el momento hay que ajustarse rigurosamente a una dieta que iremos modificando según el resultado de los análisis de sangre y orina que realizaremos, en principio, semanalmente.

Medicación, la estrictamente indispensable.

Una enfermedad importante como ésta significa muchos y diversos cambios en la vida del paciente, cambios que es necesario asimilar correctamente para que su psiquis y todo su ser no se desgasten en una lucha inútil por no aceptar las nuevas situaciones que le tocará vivir.

Esa porción de verduras que ahora le puede corresponder como almuerzo, no debe mirarla con desprecio sino con cariño y aceptarla con entusiasmo, porque esa comida es la que a usted le va a hacer bien.

Esto de aceptar lo que nos beneficia y rechazar lo que nos perjudica, parece ser absolutamente lógico y saludable pero normalmente

actuamos al revés, por eso también será necesario y beneficioso que cada tanto filosofemos un poco sobre estos temas.

Capítulo VII

Siete años de vida

—¡José!... ¿Sos José?

—Sí, Antonio, soy José, ¿cómo te va?

—Bien, bien, pero che... parece mentira —mientras me miraba de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies—, trabajando en el mismo Banco y hace años que no te veía... —y seguía observándome—.

—Cierto, desde que vos conseguiste el pase a otra oficina.

—Claro, claro, claro... Pero che... vos estás muy cambiado, me acuerdo que años atrás estabas con problemas de salud, y justo ayer me encontré con Clotildita y me dijo que te habían ascendido, y que estudiabas en la Facultad, y que estabas de novio, y que estabas por casarte... ¿Qué pasó? ¿Fuiste a un brujo?

No, no fui a un brujo pero es cierto que todos esos cambios positivos se produjeron en mi vida durante los siete años que me atendí con el doctor Esteban. El doctor me orientó correctamente pero también fue muy importante lo que yo hice por mí mismo, que fue poner un gran empeño en seguir sus indicaciones y caminar por los caminos que él me sugería. Me dijo sin sal y comí sin sal, me dijo sin carne y lo hice sin carne.

El nuevo sistema de alimentación al que debía rigurosamente ceñirme despertó en mí el interés por el naturismo y me llevó a leer e informarme sobre esa filosofía de vida que luego adopté en todo lo que me fue posible con verdadero entusiasmo.

Asimismo, los breves momentos que el doctor Esteban utilizaba para “filosofar” un poco sobre la vida y sus problemas, me llevaron a acercarme a una Institución en donde recibí Enseñanzas mediante las cuales aprendí a ayudarme y a superarme.

Fue así como en estos temas llegué a superar al mismo doctor Esteban, quien se sorprendía de lo bien que yo manejaba y entendía mi dieta, y de cómo había progresado en mi manera de ver y encarar las cosas.

En síntesis, todo consistió en controles frecuentes de laboratorio, una adecuada medicación y alimentación, y una buena predisposición de ánimo.

Y pasaron siete años durante los cuales, gracias a la mejoría lograda, pude reordenar muchas cosas en mi vida. Progresé en mi trabajo, conseguí nuevas amistades, ingresé a la Facultad, tuve muchas y variadas actividades, me puse de novio con una muy buena mujer y con ella me casé formando un hogar muy lindo porque estábamos unidos por un profundo y verdadero Amor.

Se dará cuenta estimado lector que es enorme el caudal de ricas experiencias que yo podría compartir con usted, respecto del naturismo, de la Filosofía de Vida que aprendí en esa Institución de Ayuda, y sobre todo lo acontecido en esos siete años de mi vida, pero de esa forma se haría demasiado extenso el relato. Por eso, tal como lo hicimos en otro momento, lo invito a levantar vuelo y pasar por encima de todos los momentos, de todos los días, de todos los meses de todos esos años y descender justo allí, en el último día del séptimo año y escuchar estas palabras del doctor Esteban:

—Bien José, todo lo que nos habíamos propuesto con respecto a su salud lo hemos logrado sobradamente. En estos siete años ha sido impresionante el avance que se produjo en hemodiálisis, y como considero que en cualquier momento será necesario que comience ese tratamiento, estimo que hasta aquí llegué en lo que podía yo hacer y que ahora lo indicado es que le dé el pase a Nefrología. Sería imprudencia una mayor postergación.

Así me despedí del doctor Esteban. Concluí una etapa que me había resultado enriquecedora en muchos aspectos, y uno de esos aspectos es que ME HABÍA RECONCILIADO CON LA MEDICINA, ya que con el doctor Esteban siempre me sentí atendido, nunca despachado como me había sucedido en la etapa anterior. Lo he visto concentrarse y pensar antes de prescribirme una medicación, todo lo cual me llevó a asimilar el concepto de que en todas las actividades humanas hay operantes e inoperantes, responsables e irresponsables; pero aún así, no puedo dejar de

preguntarme qué hubiera sido de mí de no haber contado con los medios económicos como para atenderme de forma particular, porque con el doctor Esteban me atendí en forma particular, abonando las consultas y abonando también los análisis de laboratorio que realizaba en un laboratorio particular, dado que los resultados que obtenía en la Obra Social no siempre eran dignos de confianza.

No quiero cerrar este capítulo sin señalar algo que me parece que todavía no mencioné y es el hecho de que el doctor Esteban era homeópata, sí... HOMEÓPATA.